PRESENCIA

REPRESION DE PRECIOS

Dieciocho puntos para reprimir a los agiotistas y a las actividades especulativas acaban de ser dadas a conocer por el Ministerio de Hacienda. (*La Nación*, 17.5.51). Es un esfuerzo integral para poner en un brete todos los precios y bienes disponibles.

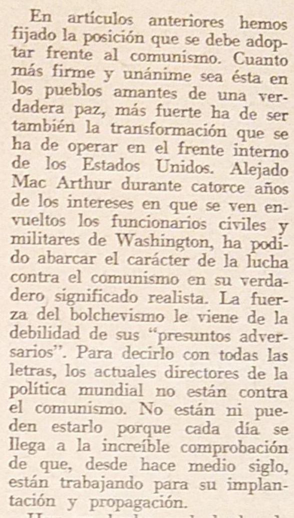
Si estuviéramos en una economía de guerra, en que la fuerza de las circunstancias obligara a trabajar en la producción de "bienes de destrucción", se explicaría por parte del Estado una política represiva en el uso de los "bienes de consumo". Pero en una sociedad pacífica y de desarrollo, si fuera realmente necesaria una política represiva de los precios y estimuladora de los bienes, ello demostraría que los individuos componentes de esa sociedad no se ocupan de trabajar para aumentar los bienes de consumo sino, por el contrario, de substraer los pocos que en ella se produzcan. En este caso, ¿qué otro recurso le quedaría al poder público que establecer un régimen carcelario que impidiera tal cosa y obligara al trabajo? Y la sociedad así organizada podría marchar "en teoría" de manera perfecta. Con castigos a los recalcitrantes y con premios a los diligentes. Pero evidentemente que no sería una sociedad *humana*, aunque lo fuera de hombres.

Pero hay más; está demostrado por una experiencia histórica milenaria que aún en el mero aspecto de un mejor bienestar material esa sociedad dispondría de menos bienes que una sociedad libre. Esta demostración se está verificando también entre nosotros. Porque, desde hace un par de años, a medida que aumenta la acción represiva contra las actividades económicas, aumenta también, en igual proporción, la escasez de bienes y, en consecuencia, aumentan asimismo los precios. La relación entre estos factores envuelve una necesidad esencial que ningún poder humano puede frustrar. No es difícil anticipar que la acción integral del agio, emprendida con tanto ardor por el gobierno, ha de determinar una cada vez mayor penuria de bienes o, lo que es lo mismo, una mayor elevación de precios. De donde la errónea forma de luchar contra el agio está engendrando y acrecentando el agio.

PRESENCIA



STALIN Y LA ALTA BANCA



En artículos anteriores hemos fijado la posición que se debe adoptar frente al comunismo. Cuanto más firme y unánime sea ésta en los pueblos amantes de una verdadera paz, más fuerte ha de ser también la transformación que se ha de operar en el frente interno de los Estados Unidos. Alejado Mac Arthur durante catorce años de los intereses en que se ven envueltos los funcionarios civiles y militares de Washington, ha podido abarcar el carácter de la lucha contra el comunismo en su verdadero significado realista. La fuerza del bolchevismo le viene de la debilidad de sus "presuntos adversarios". Para decirlo con todas las letras, los actuales directores de la política mundial no están contra el comunismo. No están ni pueden estarlo porque cada día se llega a la increíble comprobación de que, desde hace medio siglo, están trabajando para su implantación y propagación.

Hay un hecho real, hecho de bulto, y es que el comunismo ha ganado terreno con el apoyo de las fuerzas que ante el público aparecen como sus enemigos. Ya en 1904-1905 el poderoso banquero Jacobo Schiff, de la Banca Khun, Loeb and Co. de Nueva York, en su odio a la Rusia de los zares, apoya a los comunistas en su tarea revolucionaria; facilita dinero al Japón para la guerra contra Rusia y financia la propaganda revolucionaria entre los prisioneros rusos que luego, a su vez, debían introducir en Rusia esas ideas de convulsión social. (A. Netchvolodow, *L'empereur Nicolas II et les Juifs*). El comunismo fué financiado por la Alta Banca judía de Nueva York. Se calcule en 20.000.000 de dólares el dinero adelantado a Trotsky. (New York Journal-American, 3.2.49).

Otro hecho real es que el comunismo, que al acabar la primera guerra mundial en 1918 ocupaba el territorio de los zares, después de la segunda guerra ocupa además toda la Europa oriental, conquista a China, amenaza al Japón, a la India, al Medio Oriente, a Turquía, a Grecia y a toda la Europa occidental. Ahora bien; ¿quién le ha abierto las puertas para esta poderosa ampliación? La respuesta no puede ser más desalen-

tadora. Se la han abierto los mismos hombres que están hoy al frente de las fuerzas que tienen por misión contenerlo y extirparlo. Las personas sensatas tienen sobrada razón para temer una traición. Porque, ¿qué garantías ofrecen para dirigir con eficacia la lucha contra el comunismo aquéllos que son responsables de su propagación? Por otra parte, surge este otro enigma: ¿y si los actuales directores de la política mundial han contribuído a la irradiación del comunismo en el mundo, por qué han reaccionado ahora y parecen dispuestos a combatirlo?

Los actuales directores de la política mundial han propagado el comunismo

Al hablar de los actuales directores de la política mundial, nos referimos al partido Demócrata que gobierna a los Estados Unidos desde antes de la guerra del 14 y nos referimos a la Alta Finanza internacional judía que maneja, a su vez, al partido Demócrata desde esa misma fecha. No vamos a entrar en explicaciones sobre el poderío del judaísmo financiero internacional. Estamos de acuerdo en que es una simpleza achacar todos los males a la intervención judía; pero negar esta intervención sería castrar la historia privándola de un personaje cada día más presente en la decisión de los hechos históricos. Si alguien nos quiere tachar de "antisemitas" porque reconocemos el papel preponderante que le cabe a los judíos en la destrucción de los pueblos, tendría también que adjudicar este feo mote al Apóstol San Pablo, quien no en vano dejó escrito en su Carta primera a los Tesalonicenses (II, 15): *"Los judíos mataron al Señor Jesús, y a los Profetas, y a nosotros no han perseguido y son enemigos de todos los pueblos, prohibiéndonos predicar a los gentiles para que no se salven, para ir siempre llenando ellos la medida de sus pecados; por lo que la ira de Dios ha caído sobre sus cabezas y durará hasta el fin"*. De que los judíos busquen la perdición de los pueblos, en especial de los cristianos, no se sigue que siempre lo consigan; lo consiguen sí, cuando los pueblos son infieles a las leyes fundamentales de la vida, tan magníficamente reseñadas por Alexis Carrel en el reciente libro *Réflexions sur la conduite de la vie*. Por esto los pueblos no se curan con persecuciones a los judíos como pretendía el paganismo de Hitler sino con la fidelidad de los cristianos a los principios de salud.

Hechas estas aclaraciones, siempre necesarias para prevenir la simpleza de algún lector despistado, entremos en nuestro asunto. El centro del judaísmo internacional se traslada alrededor de 1914 de Londres a Nueva York. La primera gran batalla debe librarla el poder financiero judío para conquistar el poder político americano. Es muy importante, a este respecto, leer en "El Judío Internacional" de Henry Ford el capítulo titulado "Un jefe de Estado tuvo que inclinarse". Cuenta allí Ford cómo el presidente de los Estados Unidos, William H. Taft, fué visitado en la Casa Blanca el 15 de febrero de 1911 por un grupo de banqueros, entre los que se encontraban Jacobo Schiff y Luis Marshall, quienes le exigieron la anulación del Tratado de Comercio con Rusia. Se negó a ello Taft, aduciendo que tal medida "lesionaría importantísimos intereses americanos en Rusia"; pero Jacobo Schiff salió furioso de la entrevista, dispuesto a hacer la guerra a Taft. El hecho es que los judíos desataron una campaña en la opinión pública americana que, a los 10 meses, obligó a Taft a anular dicho Tratado.

Con la derrota del presidente republicano quedó sellada la alianza de la Banca judía internacional con el partido Demócrata. Taft, que tuvo que inclinarse, fué sin embargo condecorado por los judíos "como el hombre que en el transcurso del año había hecho lo mejor para favorecer la causa judía". Pero no fué reelecto. Wilson ocupó la presidencia. Es significativo lo que Mons. Jouin ha escrito en 1921 en el tomo III, pág. 214, de su magnífica obra, "Le Péril judéo-maçonnique". Leemos allí: "Si Wilson es el intérprete más elevado del principal centro judío, que es el de los Estados Unidos, ello es consecuencia del contrato electoral concluído entre la Alta Banca Judía de Nueva York y el partido Demócrata con ocasión de las elecciones que han dado a este partido la mayoría parlamentaria y ha llevado a Wilson a la presidencia". Y en la pág. 252, leemos asimismo: "Con el advenimiento al poder del partido wilsoniano, los Estados Unidos han llegado a ser el gran centro de la potencia judía internacional, gracias a Wyse, a los Loeb, a los Schiff, etc., reforzados por jefes de vanguardia tales como Judas Magnes; toda la vida mundial está invadida y amenazada por el peligro judío, bancario y demagógico, peligro único bajo la aparente lucha entre el demagogismo judío contra toda la Banca, mientras que este demagogismo es pagado por la Banca judía para destruir y aniquilar todas las otras fuerzas". El hecho es que a Wilson le fué impuesto como consejero íntimo el rabino Isaac Wyse; y uno de los hombres más poderosos de su período presidencial fué Bernard Baruch, descripto en el libro de Ford como "el Disraeli americano". Ante una comisión extraordinaria del Congreso podía jactarse Baruch de que "durante la guerra tuvo más poderes que ninguna otra persona".

La alta finanza judía que manejaba a Wilson y a toda la administración americana durante la primera guerra mundial era la misma que financió la revolución en Rusia. Ello surge claro de innumerables documentos, de los que el más conocido fué proporcionado en 1920 por el servicio secreto americano. También los artículo del "American Hebrew" del 10 de setiembre de 1920 y del "Jewish Chronicle" del 4 de abril de 1919 ponen de manifiesto que los judíos se reconocen como "el cerebro de la revolución rusa que prepara el nuevo orden en el mundo entero".

La alianza de la Alta Banca judía con el gobierno americano y con el comunismo podría ser seguida durante las reiteradas presidencias de Roosevelt. Mons. Jouin y sus colaboradores la han documentado en la *Revue Internationale des sociétés secrètes*. Pero aunque no dispusiéramos de estas pruebas, serían suficientes las famosas y desgraciadas reuniones de Postdam y Yalta.

Durante la presidencia de Truman, ocupan los puestos más altos y de mayor influencia poderosos banqueros judíos, sindicados como comunistas. El "Chicago Tribune" del 29.5.50 revelaba el historial de las tres figuras que constituyen "el gobierno secreto de los Estados Unidos". Son Herbert H. Lehman, Félix Frankfurter y Henry Morgenthau, Jr. Se está publicando en Estados Unidos



una hoja anticomunista titulada, *Common Sense*, en la que se documentan las vinculaciones de la Alta Finanza, a través particularmente de la Kuhn, Loeb and Co., con los hombres de confianza de Truman, con los judíos y con los comunistas. Pero aun cuando no se pudieran documentar estas vinculaciones o fuera imposible individualizar a los hombres siniestros que parecen dispuestos a entregar el mundo a la destrucción, quedarían hechos tan fuertes para evidenciarlo como la entrega de China al comunismo perpetrada por Marshall, actual secretario de Defensa.

El entredicho de la Banca judía con Stalin

Si la estrecha vinculación de la Banca internacional judía con el gobierno americano en manos del partido Demócrata y con el comunismo queda manifiesta a través de una actuación que se prolonga durante casi cuarenta años, queda ahora por averiguar en qué radicaría el actual conflicto entre Stalin y los Estados Unidos. Porque es claro que hay un conflicto. Nos van a disculpar los lectores si no les proporcionamos las fuentes de todos los hechos que vamos a referirles. Esperamos hacerlo en mejor oportunidad. Debemos advertirles que las fuentes son seguras y que la explicación que ellas proporcionan arroja luz para iluminar el endiablado panorama internacional.

Una serie de hechos vendría a poner de manifiesto que la Banca judía, dueña del gobierno de los Estados Unidos a través del actual partido Demócrata y empresaria del comunismo mundial, se encontraría en dificultades con Stalin. Cuando Lenín hizo la revolución, la Alta Finanza judía americana instaló en todos los puestos claves del primer soviet a veinte y nueve judíos. Pero produciдо el conflicto entre Trostky y Stalin, también quedó afectada la influencia judía. Porque Trostky, judío revolucionario que había trabajado de sastre en los barrios de Nueva York, era el hombre de confianza de la Alta Banca, a través del cual se hacían los préstamos de dinero. Trostky se empeñaba en que Rusia debía servir a la causa del comunismo mundial; Stalin, georgiano, quería, por el contrario, que el comunismo estuviera al servicio de Rusia. Con la victoria de Stalin se produce un primer movimiento antisemita en Rusia con la exclusión y más tarde muerte de los judíos Kamenef y Zinovief y el destierro del mismo Trotsky y se crean obstáculos para la emigración del oro y alhajas, robado al Zar y a los nobles rusos, hacia los Estados Unidos en pago del aporte hecho a la Revolución por la Alta Banca. Los diarios franceses de 1937 calcularon en once mil millones de francos oro y el "Industrial Control Reports" de Nueva York, del 9. 10.37, en siete mil millones de dólares, el total de oro y joyas que fueron transferidos.

Cuando la Banca judía advirtió las mañerías de Stalin, le hizo entender que podían ser peligrosas las tentativas de substraerse a su influencia. Y así, entre otras medidas que adoptó, una fué la de enviar a Jimmy Warburg, uno de los socios de la Kuhn, Loeb and Co., a que ofreciese dinero a Hitler para la conquista del poder, a fin de constituir en Europa un contrapeso frente a Stalin. Según el libro del mismo Warburg, "Die Gesprecken mit Hitler", aparecido en Holanda en 1939, recibió Hitler para aplicarlos a este fin 32 millones de dólares. Stalin, controlado y contrapesado, se hubo de doblegar ante el poderío financiero y tuvo que postergar para mejor ocasión sus intentos de propia independencia. Creyó venida la oportunidad cuando el pacto con Hitler, persuadido que podría desembarazarse de sus ocultos amos. Pero éstos maniobraron hábilmente a través de la diplomacia americana y ofrecieron ayuda a Hitler contra Stalin y a Stalin contra Hitler. La prensa de los Estados Unidos recogió más tarde declaraciones de W. C. Bullit a este respecto. Hitler sucumbió a las intrigas judías y emprendió la guerra contra el Este.

Fácil triunfo obtuvo la Wehrmacht en un primer momento contra los ejércitos rusos, faltos de espíritu de sacrificio y de ideal; obligado Stalin a batirse sobre el Volga, pudo reconstituir allí un nuevo ejército. Pero para inspirar coraje militar al pueblo ruso, decidió restaurar todos los valores patrióticos tradicionales: devolvió a la Iglesia ortodoxa la libertad, después de haberse asegurado la fidelidad de sus popes, reintrodujo en las fuerzas armadas los grados y condecoraciones del tiempo del Zar; alentó los sentimientos nacionales con su doctrina del multinacionalismo; devolvió el valor a las tradiciones familiares, luchando contra la prostitución y el divorcio y la criminalidad infantil. En una palabra; maniobró a base de la conciencia nacional y con ello logró la victoria en la gue-

rra, teniendo tras sí casi la unanimidad del pueblo ruso.

Mientras tanto el astuto Stalin sabía ocultar su juego a los hombres de la Alta Finanza judía. Continuó enviando regularmente las remesas de oro a la Alta Banca. Con ello, logró que Roosevelt, agente de la Kuhn, Loeb and Co., no le negase nada. La euforia de la paz universal bajo los "Tres Grandes" llenó los años de 1944, 45 y 46. Stalin salió más poderoso que nunca, fortalecido con el apoyo de los banqueros, que confiaron en su ayuda para entregar al comunismo un país tras otro. Marshall por su parte, cumpliendo órdenes de Truman, ponía en sus manos la China y con ella el Extremo Oriente.

Pero cuando Stalin se sintió fuerte y con poder para desafiar a sus omnipotentes amos, se negó a continuar sangrando al pueblo ruso para alimentar las arcas de los financieros internacionales. "Le Courrier de Winnipeg" de Canadá recogió la noticia de que Bernard Baruch, el llamado "Presidente permanente" de los Estados Unidos, se trasladó a Moscú en la primavera de 1946 para hacer comprender a Stalin que debía volver sobre sus pasos. Pero en vano. Stalin le declaró que el Politburo no aceptaba la dominación de la Kuhn, Loeb and Co. La alta Banca formuló entonces una advertencia a Rusia, por medio del discurso del 12 de mayo de 1947, en el que Truman pidió al Congreso autorización para acudir en ayuda de Grecia y de Turquía. Pero Stalin se mantuvo firme. Comenzó entonces una propaganda sostenida contra Rusia en todas partes y se obligó a Francia y a Italia a eliminar del gobierno a los comunistas. Los judíos de Rusia comenzaron a emigrar en masa. Al mismo tiempo se hicieron préstamos a los otros países comunistas, a Mao Tsé Tung, Ho Chi Minh, Tito. La propaganda anticomunista no dejó de precisar que no es al comunismo a quien se hace la guerra sino a los agentes del Komitern de Stalin. Y esto explica la debilidad con que se ha respondido al conflicto coreano y el esfuerzo de los actuales directores de la política mundial por "introducir una cuña entre la China comunista y la Unión Soviética", como acaba de declarar el Gral. Marshall ante el senado de los Estados Unidos. (*La Nación*, 12.5.51).

Mientras tanto, ¿qué hace Stalin frente a las crecientes hostilidades por parte de la Banca internacional? En abril de 1949 invita a Bernard Baruch a Moscú para demostrarle que nada teme de los Estados Unidos y le hace presenciar la explosión de la primera bomba atómica rusa. Baruch, impresionado, vuelve a Washington con una proposición de paz de parte de Stalin, en base a un pacto de partición del mundo en dos esferas de influencia. Pero no pudo prosperar esta idea porque en ese preciso momento, gracias a la fuerza creciente del partido Republicano, se descubrió el poderoso espionaje soviético. El pueblo americano comienza a desconfiar de sus actuales gobernantes y circulan voces que denuncian la traición. El pacto de Stalin es rechazado. Truman anuncia en setiembre de 1949 que Stalin tiene en su poder la bomba atómica. Y comienza el programa de rearme americano con los acontecimientos recientes de Corea que acaban de culminar en la destitución del Gral. Mac Arthur. La Alta Finanza no ha perdido la esperanza de "aislar" a Rusia del comunismo mundial y de provocar la caída de Stalin dentro de Rusia. Para ello ha gastado millones de dólares, sin resultado por ahora. Por otra parte, para contrapesar la fuerte presión del partido Republicano y de los elementos sanos de los Estados Unidos, está obligada a adoptar una política "firme" contra la agresión del comunismo.

A la luz de este historial queda en evidencia el oscuro drama que se debate hoy en los Estados Unidos. El elemento sano de ese país no acaba de entender el tortuoso proceder de la camarilla de Truman, Acheson y Marshall, que aparecen ante el público como los verdaderos detentores del poder. Por esto se oyen voces que públicamente denuncian la traición. El senador Jenner llegó a decir en pleno Congreso cuando fué relevado Mac Arthur por Truman: "Los Estados Unidos se encuentran en manos de un círculo secreto de conspiradores dirigidos por agentes de la Unión Soviética. Debemos destruir tan peligrosa conspiración que se ha entronizado en el gobierno, sin perder un solo momento". (*La Nación*, 12.4.51). Porque, en realidad, el grupo gobernante de los Estados Unidos, instrumento de la Banca judía, no hace sino continuar la política de entrega del mundo al comunismo que viene efectuando fríamente dicha Banca desde comienzos del siglo. No está hoy contra el comunismo, ni siquiera contra el soviético. Está contra Stalin, que se rehusa a ser juguete de su explotación financiera. En cambio aquéllos que sinceramente quieren la paz del mundo y que con sentido realista se han puesto a luchar para conseguirla, entienden que no es cierto lo que sostuvo el senador demócrata Mac Mahon en el Senado de los Estados Unidos de que sea la Unión Soviética "nuestro enemigo principal". (*Clarín*, 5.5.51). Piensan en cambio con Mac Arthur que "el comunismo en todo el mundo" es el principal enemigo de los Estados Unidos y de nuestra civilización.

PRESENCIA

MOVIMIENTOS COMUNITARIOS

Del Colegio Pío Latino Americano de Roma hemos recibido una hoja mimeográfica en la que se explica el impulso que están tomando los movimientos comunitarios cristianos. Reproducimos una parte para conocimiento de nuestros lectores. Si alguno desea más información puede escribir al Regnum Christi, Via S. Lucia 1, Roma. Puede asimismo leer "Solidaridad Católica" del P. Beda Hernegger editado por Poblet en Bs. Aires. (N. de la R.).

1) *Un fenómeno que merece nuestra atención.*

Casi en todos los países llamados cristianos se está llevando a cabo en silencio y sin gran notoriedad un fenómeno interesantísimo, completamente nuevo en el campo católico: la formación de grupos laicos, cenáculos, pequeñas sociedades que buscan realizar en común una mejor vida cristiana.

Estos grupos o cenáculos se forman espontáneamente: a veces amigos y conocidos se reúnen alrededor de un amigo que con su vida ejemplar los atrae; otras veces estos cenáculos nacen de la necesidad común de algunos amigos que anhelan profundizar su vida religiosa y leer juntos el Evangelio.

El llamado movimiento de la Biblia en las regiones de lengua alemana ya desde la primera guerra mundial ha formado centenares de grupos semejantes. En Holanda, en Bélgica y sobre todo en Francia estos Grupos nacen como hongos.

Solamente en París existen 191 de estos cenáculos, que comprenden 2.500 familias; ¡cuántos otros sin embargo existirán que han escapado a la estadística! También en Italia se puede observar lo mismo en casi todas las ciudades.

La vida de estos grupos es muy diversa y cada uno de estos cenáculos tiene una fisonomía propia: en algunos en primer lugar está una preocupación espiritual como el profundizar en la propia cultura religiosa, lectura de la S. Escritura, intercambio de ideas y experiencias religiosas; en otros se nota más una ayuda recíproca en las diversas situaciones de la vida (iniciativas comunes para la solución de problemas económicos; un paseo en común, una fiesta para los niños, etc.), sin descuidar no obstante el ocuparse de problemas espirituales.

Estos grupos se reúnen no en las salas de Institutos religiosos o de la parroquia, sino en la casa de uno de los miembros.

Precisamente porque han nacido espontáneos, sin conocerse mutuamente, debemos ver en estos cenáculos un fenómeno que merece toda nuestra atención: es la expresión de una exigencia del tiempo, de un nuevo despertar religioso, que no se contenta ya con las normas que se encuentran en los ambientes parroquiales y en nuestras organizaciones y buscan una nueva convivencia con los propios hermanos en la Fe.

Aún es un movimiento joven un tanto caótico, pero todos los grupos presentan una característica común: *el esfuerzo por superar el individualismo religioso.*

2) *Sus causas.*

Este fenómeno se ha manifestado con mayor visibilidad sólo después de la última guerra, aunque preparado ya desde hace varios decenios. Después de la primera guerra mundial el *movimiento litúrgico* poco a poco se conquistó las parroquias (al menos en gran parte del mundo católico), y en verdad llegó a ser un movimiento católico en el cual tomó parte el pueblo.

A pesar de algunas exageraciones de parte de algunos el movimiento litúrgico ha dado sin duda alguna nuevos y fuertes impulsos a la vida religiosa. Entre otras cosas ha despertado un nuevo sentido de unidad que los fieles podían experimentar casi sensiblemente en el canto y la oración común, reunidos en torno al altar. ¡Sería preciso ver a aquellos jóvenes en torno al altar!

He aquí el descubrimiento de la *doctrina del Cuerpo Místico de Cristo*, que casi había quedado olvidada y era cultivada casi exclusivamente en el gabinete de estudio de algún gran teólogo (Möhler, Scheeben). Todo un renacer de literatura, en todas las lenguas, trata este argumento.

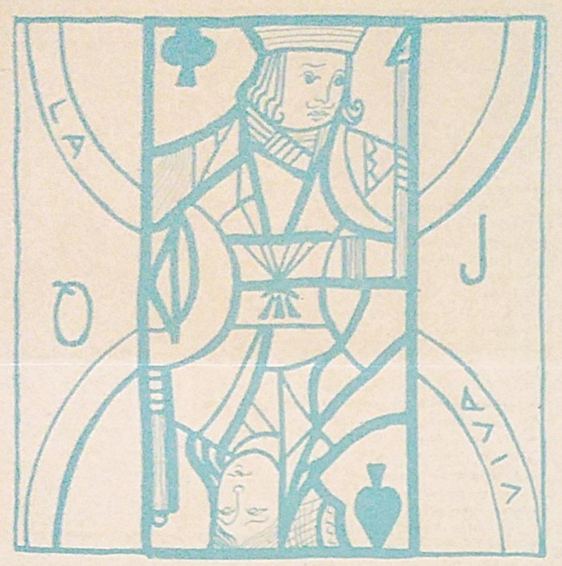
Las revistas para el clero, sus libros y textos de estudio han sufrido todos, más o menos, la influencia de esta doctrina. Por tanto no hay que maravillarse si también en la predicación, en los cursos de ejercicios, en la instrucción religiosa y en toda la vida espiritual se hizo sentir el influjo benéfico de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo.

Para explicar el desarrollo religioso de los últimos decenios, que actualmente nos ha traído un cierto despertar religioso, al menos en una "élite" católica, es necesario recordar el así llamado *movimiento de la Biblia*. Este comenzó sobre todo en Alemania, donde los católicos y protestantes viven uno junto al otro. De Alemania se difundió muy pronto por todo el territorio de lengua alemana, en Bélgica, en Francia y ahora se está extendiendo por todo el mundo católico, también en Italia.

La orientación hacia la lectura de la S. Escritura, del Evangelio, no fué ocasionada sola y exclusivamente por la necesidad de convivir con los protestantes, que viene ya desde siglos, sino más aún por el mismo movimiento litúrgico, que se ocupaba mucho de la primera parte de la Santa Misa, de la lectura de la Epístola y del Evangelio.

El *Movimiento Litúrgico* fué pues el *gran despertador del alma católica y condujo a un retorno a la verdadera surgente* de la vida cristiana: a Jesús en la Eucaristía, a Jesús que nos habla en los Evangelios y a Jesús que está en medio de nosotros en su Cuerpo Místico. Un nuevo espíritu amplio y potente está superando aquella vida religiosa individualística, que ponía en el centro de todas las preocupaciones únicamente la salvación de la propia alma sin caer en la cuenta que esta alma no se salva fuera de la vida de comunidad y de unidad con todos los otros miembros del mismo cuerpo.

Como otrora el *individualismo* no estaba restringido solamente al



campo religioso sino que *plasmaba toda una época* (muchos autores tratan el período de 1618 hasta hoy como el período del individualismo) y del mundo se infiltró en la espiritualidad de aquel tiempo, así también hoy el movimiento litúrgico, como redescubrimiento del Cuerpo Místico de Cristo, es conducido por un movimiento más vasto y amplio: de reacción contra el individualismo que descubrimos en todos los campos de la vida humana. Está naciendo un nuevo sentido vital en la humanidad y no sabemos aún si nos lleva a la única y verdadera comunidad cristiana o al colectivismo.

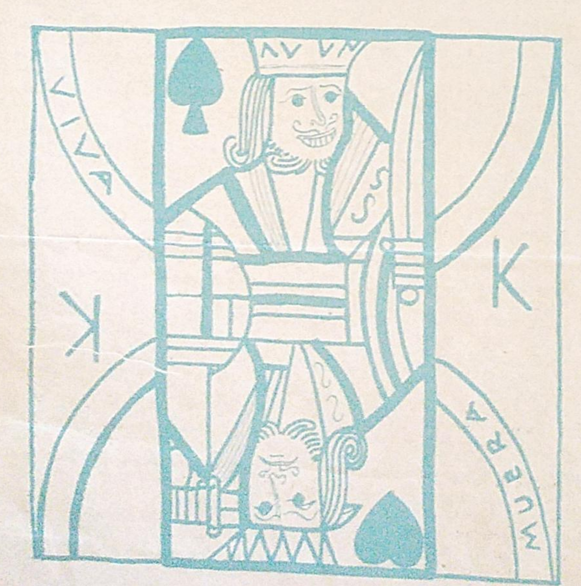
El triple desarrollo, concatenados entre sí, ha sido coronado por tres Encíclicas del actual Padre Santo: por la Encíclica sobre el Cuerpo Místico de Cristo, por la Encíclica sobre la S. Escritura y últimamente por la encíclica sobre la Liturgia.

Estas tres Encíclicas recogen los tres movimientos, y lo canalizan sin destruirlos. Por el contrario son la coronación y el fin de una base juvenil y el principio para un futuro desarrollo más maduro.

El *fenómeno* del que hemos partido nos manifiesta un recodo en el desarrollo espiritual de los últimos años. En la *primera* fase de este desarrollo entre las dos guerras mundiales fueron más bien profundizados los fundamentos teóricos y doctrinarios, fueron echadas las bases, ilustrados los entendimientos y preparados los espíritus. Hoy, en la *segunda* fase de la cual estos cenáculos son sólo una expresión, los hombres así formados y preparados tratan de dar otro paso hacia adelante: de la preparación doctrinal intelectual, teórica y psicológica a la realización de los ideales repristinados en un fatigoso trabajo de decenios; quieren dar el paso de la comunidad de culto (movimiento litúrgico), hacia la comunidad de vida (movimiento comunitario). Lo que hasta ahora era patrimonio de una pequeña "élite" debe convertirse en el patrimonio del pueblo católico.

Este nos parece el *profundo significado del fenómeno del que hemos partido*. Y lo que en otros tiempos, tal vez aún pocos años ha, se hubiera mirado con gran sospecha, ha recibido hoy la *aprobación del Padre Santo*.

Permítasenos recordar las palabras de Nuestro Padre Común pronunciadas con ocasión de la audiencia a los párrocos y predicadores cuadragesimales de Roma, el 6 de feb. de 1951, donde el Papa recomienda calurosamente la formación de estas pequeñas sociedades, como El se expresa, más aún de promoverlas, porque son un apostolado de la "miglior lega". Esta recomendación de reuniones a domicilio constituye una novedad no siempre bien apreciada. Nosotros que ya desde muchos años las propugnamos sabemos con qué sospechas fueron acogidas por el clero (y tal vez con razón, porque toda iniciativa nueva es capaz de aberraciones). Hoy nos interesa el hecho que no obstante aquello la Suprema Autoridad de la Iglesia recomienda vivamente un desarrollo que puede también parecer nuevo.



UNA APROXIMACION A "LOS ENEMIGOS DEL ALMA"

Para un autor que, a través de toda su obra, se haya venido abocando casi exclusivamente al desarrollo de un gran tema, cualquier cambio repentino de asunto que se permita en un nuevo libro, así se trate de un alejamiento momentáneo de aquél que le es característico, ha de traerle por fuerza, respecto de sus lectores, una serie de dificultades cuya gravitación —hasta tanto el tiempo se encargue de eliminarlas o bien la persistencia en la diversidad de las cuestiones tratadas, esto es, en la novedad, las torne habituales y las connaturalice con el juzgar— ha de sentir hondamente, manifestadas de modo especial en el desencuentro y la contradicción de las apreciaciones que irá recogiendo, quién sabe hasta cuándo, de las páginas que ha ofrecido.

Este fenómeno, evidentemente, recuerda al que se registra en un campo de batalla cuando una de las partes comienza a accionar desde un nuevo frente inesperado. Y no podía ser de otro modo, desde que el terreno a donde concurren y toman contacto el autor y el lector no es otra cosa que el escenario de una ardua confrontación de dos visiones: la que el primero trae y ofrece a propósito de un determinado objeto y la que, sobre el mismo objeto, tiene o hubiera ofrecido el segundo, cuyo juicio, entonces, formula según las correspondencias o diferencias que, entre ambas, advierte.

Pero —y aquí termina la validez de la comparación— contrariamente a lo que sucede en el campo de batalla, en nuestro caso la sorpresa, o sea el cambio de tema, no sólo no beneficia respecto de su oponente a quien la opera sino que lo perjudica de manera singular. El lector, en la casi totalidad de los casos, adolece de una abrumadora pereza intelectual. Sin desconocer que a veces llega al análisis exhaustivo y en ocasiones su crítica asume una inusitada vehemencia, lo real es que, situado frente a una proposición, gusta de permanecer ante ella descansando en los ya elaborados puntos de vista, aplaudiendo para siempre o negando para siempre. Y, si dentro de un mismo asunto, contados son los que se someten al ejercicio de ir pesando y juzgando con equidad cada nuevo detalle, cada variación, puede deducirse cuán pocos serán los que acepten y sigan los planteos de una mutación total, a partir de la cual todo, otra vez, debe ser conocido y elaborado.

Esta actitud, lamentable ya de por sí, se agrava todavía. El lector, que conoce perfectamente su propia lentitud y su pereza, no es capaz tampoco de reprimir las críticas primeras, las que según Hopkins, "son lo que nos viene enseguida al espíritu, no llegan al fondo de las cosas y no están hechas para durar". Es decir, que lo que en un principio es pura comodidad, bien pronto se resuelve en deshonestidad. Y en una deshonestidad cuyos fallos, producto triste de la sorpresa y el azoramiento, si bien en un orden filosófico sólo conspiran contra quien los pronuncia, en el orden práctico, en cambio, causan un apreciable daño a la persona o al libro a que se refieren.

Y bien, lo que hasta aquí llevamos señalado, es precisamente lo que en este momento está experimentando Mallea a raíz del último libro que ha publicado: "Los Enemigos del Alma". Porque en sus páginas alientan nuevos afanes (que por ahora se apartan aparentemente de *la expresión argentina*, pero que nadie, ni acaso el mismo Mallea, sabe si desde ya no responden a un buceo posterior de dicha temática, que a través de ellos puede estarse gestando) grande es la desorientación que ha provocado en sus lectores, los que desde hacía tiempo se habían acostumbrado a aplaudir, discutir o rechazar, según la perspectiva de cada uno, las sucesivas manifestaciones de su preocupación esencial. Y es el caso que, con rarísimas excepciones, todas las críticas apresuradas que se vienen recogiendo, o mantienen una estrecha relación con lo que cada cual pensaba ya, desde antes de la aparición de este libro, sobre la obra general de Mallea (tratando, por comodidad, de dar validez a una

anterior argumentación que no la tiene) o son el resultado de lo que deplorábamos precedentemente, o sea de ese afán de decir algo que, por lo poco que logra decir, el lector debiera reprimirse. Y, lo que es más notable, casi no hay uno solo de esos fallos que no se nos aparezca dotado de una tremenda seguridad, como el fruto de años, como diciendo: es así, desde siempre y para siempre.

Sin embargo, si nos fijamos en el libro, vemos que hay tres personajes centrales magníficamente presentados y conducidos: Débora, Mario y Cora Guillén, cuyas trayectorias están poseídas y dominadas, respectivamente, por el demonio, el mundo y la carne, que son los tres enemigos del alma que dan título a la obra. Limitados a moverse en la estrechez de una ciudad del Sur, constreñidos a coexistir en la hostilidad de una árida y ventosa colina, encarcelados entre las agrias paredes de Villa Rita, los tres cumplen allí, día a día, la perdición de sus vidas. Y en todos sus actos, y en sus mutuas interferencias, y en su relación con los demás seres, estos tres personajes —cuya apasionante psicología es de una gran consecuencia a través de todas las situaciones— enfrentan permanentemente al lector con el patetismo de quienes viven una constante y vertiginosa fuga de sí mismos. Entre tanto, desenvuélvense en segundo plano otros personajes —Consuelo Ortigosa, Ida, la misma Sara Gradi— en quienes el amor y la dulzura tienen su cauce de expresión. Y al llegar al término de las páginas tenemos, por una parte, que estas figuras secundarias, aunque sólo sea por la gracia de una mirada oportuna, son precisamente las que consiguen salvarse. Y, por la otra, están el incendio de Villa Rita, en el que no se establece si Débora muere o no, y una pensión de Necochea, donde se dice que Cora y Mario siguen viviendo pero sin que se determine de qué manera.

Fuera de duda, mucha razón tiene Mallea para insinuar en el prólogo la ejemplaridad —dentro de lo que es el relato— de los hermanos Guillén. ¡Vaya si les cabe esa ejemplaridad! Pero, por encima de todos los valores del libro, lo que consideramos de capital importancia para cualquier tentativa de crítica, lo que en rigor debe constituir el punto de partida, es la deliberada falta de solución o, por mejor decir, la deliberada postergación de la solución que presenta el gran problema que en él concita el interés: la salvación o perdición definitiva de los tres poseídos.

Dado que en tal sentido Mallea ha preferido dejar en pie el interrogante, la única actitud rotunda que podría tomar el lector sería la de no aceptar el libro tal como se le brinda, es decir, sin desenlace. Considerando lo grave y complejo del problema abordado, y también la diversidad de miras que existen ante lo puramente formal y técnico del género, aunque aquí casi ni debiera ser tenido en cuenta, con seguridad que el rechazo a la falta de definición podría fundamentarse con bastante solidez. Pero, y exactamente por las mismas razones, tal rechazo nunca podría darse de inmediato.

Además, de juzgar el libro como sin desenlace y terminado, quien a ello se incline tiene que considerar con el mayor detenimiento, y en lo mucho que vale, algo que resulta decisivo: el sentimiento del propio autor hacia los personajes, lo que le inspiran y le hacen pensar, su deseo respecto de ellos. En este punto, retornando a la ejemplaridad de que se habla en el prólogo, es evidente que Débora, Mario y Cora Guillén, para que realmente la tengan, deben y tienen que ser como son, deben y tienen que actuar como actúan; tal ha sido el plan y así se cumple. Pero esa ejemplaridad, y esto también es evidente, los personajes la asumen no en cuanto están dotados sino en cuanto están privados de una capacidad, no en cuanto seres sino en cuanto no seres. Y de ahí que Mallea sienta una gran piedad por ellos y desde el comienzo nomás —en el que señala "la aridez de los que se manejan sin alma"— al hablar de su vanidad y su horror, haga votos porque el lector les preste todo aquello de lo que *carecen*, todo lo que él mismo les hubiese prestado a no ser por ese plan al que ha debido ajustarse y por el que también ha debido —¿por qué no?— reprimirse.

No cae, pues, Mallea —y qué otra es su concepción— en la triste y aburrida manía de quienes se empeñan en querer presentar a las criaturas, en el mal, como tocadas de una gracia especial y propia, cuando en realidad lo único que las rige es el principio contrario, o sea la ausencia de la gracia. Los Guillén, figuras del mal, son una viva y aleccionadora tipificación; pero permanecen huérfanos, de la primera a la última página, de la simpatía del autor, quien lejos de presentarlos como héroes les llama monstruos purgativos y no sólo no les admira sino que les compadece.

Debe recordarse asimismo, y la intención en esto es clarísima, que el autor gusta contraponer figuras como la de Mario, que por instantes reviste formas brutales, con la de Ida y también la de Consuelo, en las que a pesar de ciertas vacilaciones, resplandece nomás una perdurable armonía. Y, por último, hay que pensar en lo fácil que hubiese sido, ya que unos pocos renglones bastaban, perder para siempre a los personajes y ver cómo, por piedad, el autor no ha querido hacerlo, dejando en suspenso el desenlace. Lo cual, momentáneamente, equivale a una manera de salvarlos.

De nuestra parte, mucho más convincente nos resulta, por lo que el libro es en sí cuanto por lo que sugiere, la posición de aquéllos que ven en "Los Enemigos del Alma" el planteo estupendamente trazado de un intenso problema, en cuya sola fórmula no sólo se van anticipando y delineando jerarquías sino que también se expresan, de un modo absoluto, las ideas y la afectividad del autor, y que si por ahora aparece sin solución, o término declarado, no por eso dejará de tenerlo.



Conviene insistir, atendiendo al papel que juega, sobre lo que Mallea siente ante los tipos que ha creado. Aparte de lo que llevamos dicho, hay un detalle que juzgamos de suma elocuencia y el mismo está en los diversos tonos del estilo frente a los distintos personajes y situaciones. Toda vez que se trata de cualquiera de los Guillén, de lo que ellos piensan u obran por su cuenta, la expresión se reduce a los términos necesarios, se desnuda por completo, es estricta, rígida, casi agresiva. ¿No es así como se nos muestra, por ejemplo, la filosa desazón de Mario ante el día domingo? Es que la ausencia de la gracia excluye toda posibilidad de belleza y el autor se niega a embellecer el mal. Si el mal le deleitara, como a tantos otros, podría hacerlo, porque puede y está capacitado; pero no lo hace porque no quiere, porque le repele. En cambio, toda vez que el relato da lugar a lo que no son ni piensan ni obran los Guillén, o sea a lo que éstos rechazan porque les choca, el autor lo enaltece y en ello experimenta verdadera complacencia, dando entonces a su estilo una gran libertad. En cierto modo, este poder polemizar le significa un desahogo y de ahí esa sensación de ternura con que a veces se nos presentan, si podemos así llamarles, ciertos "contrarios". Continuando con el ejemplo citado, notamos que hay un instante en que ya no es Mario quien se encuentra ante el domingo (ocasionalmente el "contrario") sino que es el mismo autor. Y por eso es que llega a designarse al domingo como "el día de las gentes con intimidad", frase que por la paz que lleva implícita no podría originarse ni remotamente en la turbulencia del personaje. Pero donde Mallea remonta su prosa en un gran vuelo, donde su hábito artístico brilla en la fiel medida de su esplendor, donde cada palabra se nos ofrece henchida de poesía y milagro, es precisamente en todo lo que atañe y son algunas de las figuras secundarias, las contrafiguras, con las que tácita-

mente, pero no por eso con menor fervor, él se muestra solidarizado. ¿Para qué señalar un pasaje, en este sentido, si el libro abunda en ellos? Es que la presencia de la gracia es la fuente de toda belleza y Mallea se ve impelido a hablar, con belleza, del bien, a ganar para él la adhesión de los lectores.

En favor, también, de los que dan al libro como no terminado, como temporariamente suspendido, están indudablemente los últimos párrafos del epílogo, en los que ya se alude —resumen final de la piedad que los "agonistas" inspiran— a una posible y nueva historia en la que los poseídos podrían salvarse, en la que el bien triunfaría definitivamente del mal. La sola mención de algo semejante, por supuesto, comporta la disposición favorable de quien la hace. Y en el caso particular de "Los Enemigos del Alma", por virtud de lo que inmediatamente pasamos a ocuparnos, casi que esa nueva historia, que no puede ser otra que la de la redención, queda iniciada.

Para salvarse, si no la ideal, una de las vías ha sido siempre la de romper ataduras; si así no se procede, para lograr tal fin hay que elevar el empuje del espíritu en relación inversa a la resistencia que aquéllas ofrecen, hay que superarlas imprimiendo al afán un ímpetu arrollador. Muchos han obrado de esta manera y han triunfado. Sin embargo, como la naturaleza humana es tan sierva desde tantos aspectos, y como tantas son las tentaciones que le acechan sin tregua, en numerosos casos mejor le es al alma restar posibilidades a la debilidad que exigir un mayor desvelo a la fortaleza. *Dejarlo todo*, ordena El que salva, y la decisión de los que buscan el desierto está inflamada de sabiduría. Y es esta sabiduría —a pesar de todo lo que se la niega, a pesar de todo lo que se la ignora— la que sigue informando misteriosamente las decisiones —los rompimientos de lazos— de tantos hombres que aspiran a la salvación. Y en tal grado, que ni aún en la ficción literaria los hombres escapan a esa ley.

En "Los Enemigos del Alma", el demonio, el mundo y la carne han sentado reales en Villa Rita, se han ambientado perfectamente en el viento de la colina y en las calles de la ciudad sudatlántica. Diríase que todo —hasta la modalidad de las personas, hasta la docilidad de un viejo cochero, hasta la impasibilidad del Apolo de Belvedere— se les torna propicio y se les hace cómplice, ayudándolos a la consecución de sus nefastas obras. Todo pareciera aportar su propio ruido y contribuir al delirio de los hermanos Guillén, apresurando el agotamiento de estos dominados. Pero el autor, que no quiere perderlos, y que, por el contrario, en alguna parte del relato ha debido esforzarse por diferir la liberación de uno de ellos (recuérdese a Débora en la estación de ómnibus, en el umbral mismo de aquélla), no quiere cerrar la obra sin dejar sentado, al menos, un rompimiento de ataduras. Y Villa Rita, y la colina, y la ciudad desaparecen. Y entonces, y porque los personajes no desaparecen, es cuando comienza la nueva historia en la que, como se infiere, aquéllos llevan dado ya un primer y gran paso hacia la redención.

Y llegamos, con esto, al límite de nuestra aproximación, exactamente hasta donde el libro nos ha permitido. Sabemos que, con exclusividad, nuestra preocupación en ella se ha reducido al tema, pero tal fué en rigor la meta que nos propusimos. De considerar la técnica, dos motivos principalísimos nos han eximido: las suficientes pruebas de habilidad dadas por el autor y la magnitud del problema enfocado, que no admite distracciones, que no tolera la mediocridad.

¿Se salvan o no los hermanos Guillén? Para los que se limitan al libro en su extrema objetividad, esto hay de cierto: en él no se afirma que se pierdan. Para los otros, en cambio, se abren infinitas posibilidades de salvación, la salvación comienza a obrarse. Pero, para todos, lo imperioso, lo ineludible, lo que no puede dejar de hacerse con impunidad, es evitar que la sorpresa influya perniciosamente en la toma de posición. Para ser, el juicio ha de ser fruto de la ponderación. Y la ponderación no reconoce otro origen que la madurez, el tiempo y la honestidad.

Involuntariamente, pero acaso no del todo, al comienzo de estas líneas manifestamos que, por el momento, nadie sabe si este libro no responde a un buceo posterior, que en él puede estarse gestando, de *la expresión argentina*, temática que Mallea viene profundizando con gran sentido y fervor. ¿Por qué lo dijimos? Pues, sencillamente, porque lo natural, donde dicha temática está comprendida, aspira y tiende a lo sobrenatural. Es decir, que en su encuentro con lo argentino, los Guillén bien podrían encontrarse de una vez por todas, redimirse, y ponerse después en la única senda que merece ser recorrida por los hombres: la del bien y la de la humildad, que es la que conduce a Dios. ¿Es que una tierra puede aspirar a una misión de mayor trascendencia que la de salvar a sus hijos?

Pero este hipotético camino de Damasco es uno apenas en la infinidad. Con él hemos querido solamente dejar constancia de nuestro deseo de que los personajes se salven y no anticiparnos y conjeturar sobre lo imprevisible. Que si lo hiciéramos, nos veríamos comprendidos también en la acusación de apresuramiento y deshonestidad que hemos formulado y tal acusación se volvería contra nosotros mismos.

Jorge Vocos Lescano.

PROFANACIONES

Desde los tiempos en que nuestros tatarabuelos castellanos trajeran a las riberas del Plata, con la Cruz y con el pendón real, la fe católica y las cristianas tradiciones de la estirpe nadie discutía en la Argentina que

"Tres jueves tiene el año
que causan admiración:
Corpus Christi, Jueves Santo
y el día de la Ascención".

Y era tan firme e inconmovible esta creencia que, ya derogado el precepto canónico relativo al Jueves Santo, a fuer de hispanos, más papistas que el Papa (como nos honran al así calificarnos los herejes), seguíamos observando puntualmente la festividad. Tan celoso era el respeto por la fecha del Triunfo del Señor que podría haber sido nuestro el mote con que los limeños llamaban a la Ascención: "el día en que el buey habló" (porque si algún tozudo labrador quisiera forzarle al trabajo, también protestara el buey porteño como su hermano de Lima). Tan grande era la Fiesta de la Eucaristía que las autoridades civiles (salvo en tiempos de auge de la masonería) no se querían quedar a la zaga de las eclesiásticas en eso de honrar públicamente el gran misterio de la Misericordia.

Con el fino sentido teológico que la caracterizaba, la tradición hispanocriolla juntaba los tres jueves en un solo e indestructible haz, puesto que, precisamente, veía en la Ascención el gran misterio que hacía posible celebrar en medio del júbilo de Corpus-Christi el sacramento instituído el jueves de la Cena, en vísperas de la Pasión. Y por eso también se decía que estos tres jueves del año

"...brillan más que el sol!".

Pero paso a paso el auténtico sentido de la tradición se ha ido debilitando. Primero fueron los mercaderes que, como el tozudo labrador limeño, no se conformaban con las tres mutilaciones de la semana laborable, y luego fueron lo proletarios ansiosos de jornal... hasta que hoy las administraciones públicas participan en el escándalo.

Y así el Jueves Santo no mereció en este año santo universal los honores de un lunes de Carnaval, y el día de la Ascención fué preterido en medio de la algarabía de conmemoraciones cuyo no muy lejano origen marxista resulta imposible disimular... Entre los ajusticiados de Chicago y el Mártir del Gólgota las masas argentinas del Siglo XX repitieron la elección de los contemporáneos de Barrabás.

Estamos ya en la festividad de Corpus Christi, que es de ambos preceptos como la Ascención. Es necesario que llegue el justo desagravio y se reaccione. ¿Seremos los argentinos menos ortodoxos y menos viriles que el buey limeño?

Boanerges

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$ 1.50
Número atrasado	„ 2.—
Colección 1949	„ 30.—
Colección 1950	„ 30.—
Colección encuadernada 1949	„ 50.—
Colección encuadernada 1950	„ 50.—
Suscripción anual (20 núm.) .	„ 30.—

EL CONTRALOR DEL PENSAMIENTO EN CHINA

Con este título la Revista "Vita e Pensiero", dic. 1950, de la Universidad del Sacro Cuore de Milán, publica un artículo del mayor interés sobre los métodos de comunización de la vida universitaria que se emplean en China. La traducción es de F. N. A. Cuevillas.

Mao Tse-tung y sus discípulos, en su esfuerzo por asegurar para el comunismo a la China, han lanzado en este momento, una ofensiva general contra todos y cada uno de los libres usos de la mente, que puedan representar una amenaza para el dogma político dominante.

Se basan en este razonamiento: para construir el socialismo en un país de 400 millones de hombres, es menester afrontar tareas vastas y urgentes, actuación que es imposible si no se estimulan las ideas nuevas y apropiadas, las ideas del Marxismo-Leninismo. Antes de que éstas puedan ser aceptadas, es menester radiar las ideas antiguas y proscriptas. Para hacer esto es necesario poner fin a la libertad del hombre en materia de inteligencia. La lógica es impecable.

En ningún lugar esta guerra ha sido conducida con mayor dureza y determinación que en los colegios y en las universidades.

Estas fortalezas de altos estudios que son cerca de 200, contando desde instituciones de gran renombre, radicadas en las ciudades, hasta aquellas otras oscuras de lejanas provincias, desde las fundaciones oficiales hasta aquéllas debidas a la iniciativa de los individuos o misiones extranjeras, han sido los centros nerviosos de la vida intelectual en China. Y esta vida intelectual es lo último que los comunistas desean.

Cuando estabilizaron su contralor sobre las universidades de Pekín, Nankín, Shanghai, Cantón y sobre otros centros de educación, la primera cosa que hicieron los comunistas, fué democratizarlas. Bajo el régimen del Koumintang, la administración de un instituto superior estaba confiada a un Presidente, asistido por un cierto número de ayudantes. Este cuadro ha sido dejado intacto, pero el poder real administrativo ha pasado a un Consejo de Universidad formado por representantes del cuerpo de profesores, por estudiantes y por el personal —domésticos, porteros, jardineros, y otros trabajadores manuales—. Los más influyentes, son sin duda alguna, los estudiantes. Prácticamente dirigen la Universidad.

La situación se asemeja a aquella que prevaleció en la Unión Soviética en los primeros tiempos, cuando los estudiantes fueron dedicados a gobernar las escuelas. Por este motivo en Rusia se llegó al relajamiento total de la disciplina y las autoridades estuvieron obligadas, después de 1931, a retornar a métodos más convencionales. Se puede, por tanto, creer que lo mismo acaecerá en China.

El sistema actual de contralor por medio de los estudiantes, es debido, sin duda alguna, a la desconfianza hacia los administradores y los profesores, que según el punto de vista de los comunistas han sido "reaccionarios" y cuyas ideas pueden ser peligrosas. Por tanto deben ser convenientemente amaestrados antes de que se les pueda depositar confianza.

Seguidamente los programas han sido transformados. Sobre este punto los comunistas han ido más lejos en el Norte que en el Sur de la China. Como era menester esperar, los programas fueron inspirados por la propaganda política. Todos los estudiantes deben asimilar los principios básicos del Marxismo-Leninismo. La historia, la geografía y también las artes y la literatura, deben ser estudiadas a la luz de esa filosofía. El objeto principal perseguido por la historia por ejemplo, es el hacer comprender a los estudiantes que el desarrollo de la sociedad humana sigue la ley marxista de la lucha de clases, que encuentra su punto culminante en el triunfo del proletariado por medio de la revolución rusa. La historia de la filosofía debe ser considerada como la expresión de la lucha entre idealismo y materialismo, con la consiguiente victoria de éste sobre aquél. Hasta ahora no se ha tentado intervenir, como sucede en la Rusia Soviética, en la enseñanza de las ciencias naturales. Lo que se debe, sin ninguna duda al hecho de que hay en China pocos comunistas que sean lo bastante competentes como para hacerlo. Vendrá ciertamente el tiempo en que los hombres de ciencia chinos darán a sus estudiantes y a su enseñanza un rumbo dialéctico. No es improbable que la China tenga algún día su Lysenko para ligar las ciencias a la filosofía del estado. Al presente se encuentran en Pekín tres profesores rusos que dictan cursos sobre la importancia de la escuela Michurin en biología.

Hasta ahora los estudiantes han estado demasiado ocupados con desfiles, demostraciones, reuniones, elecciones y actividades de propaganda, lo que los ha inhibido para empeñarse en estudios serios. El tiempo que los comunistas requieren a los estudiantes para todas las actividades de este género, es verdaderamente asombroso. Aniversario de Stalin, aniversario de la Revolución de Octubre en Rusia, conclusión de un nuevo tratado chino-soviético, visita de un jerarca de los Soviets, conmemoración de la fundación del partido comunista chino, conquista de una ciudad importante o de una provincia, todo esto son ocasiones o pretextos para hacer celebraciones.

Toda esta actividad forma parte de la escuela comunista. Los comicios en masa, animados e impresionantes, tienden a dar a la juventud el sentido de la grandeza y de la gloria de la revolución, el sentimiento de que la unidad es fuerte. Hay en todo esto cosas que atraen. Banderas, multitudes, violencia en los oradores y en los tópicos, danzas y cantos, todo se combina para crear una atmósfera de intoxicación en la masa. Para los adolescentes y gentes no formadas la atracción y el aliento son prodigiosos.

Pero los comunistas van mucho más allá. Los alumnos de los colegios son, como grupo, el elemento más favorecido de la sociedad china. La educación en el colegio era costosa y sólo los hijos y las hijas de los ricos podían pagarse ese lujo. Los estudiantes son, pues, de origen burgués y salían de las clases medias. Para transformarlos en auténticos sostenedores del nuevo régimen, es menester algo más que la participación en los comicios en masa.

El punto absolutamente fundamental es el de "enderezar las ideas falsas" de la juventud. A esto se llega por medio de un aprendizaje laborioso y fatigoso. Ante todo se procede de acuerdo con lo que se llama "el examen del pensamiento". El individuo se entrega personalmente a una inquisición, a un análisis "sin piedad y objetivo", por sí mismo, con la intención de descubrir qué ideas, creencias, motivos, sentimientos, puntos de vista, son considerados contradictorios y nocivos para la nueva sociedad que los comunistas construyen. En este examen, cada uno debe ser "despiadadamente honesto" consigo mismo para arrancar las raíces del mal. Cada uno debe actúar, según el lenguaje de los comunistas, para realizar una especie de "guerra privada inexorable" contra sí mismo. El proceso se cumple, se dice, con la lucha entre las concepciones opuestas. El examen del pensamiento debe hacerse a la luz del ambiente familiar, de la experiencia personal y de los contactos sociales.

Viene después "la crítica socialista y la autocrítica", descrita por los comunistas como "el arma más cruel de elaboración del pensamiento". Para esta investigación, los estudiantes son divididos en pequeños grupos. A cada grupo se le da un jefe que es un comunista. En este grupo se discute para someter los resultados individuales "del examen del pensamiento" a una crítica de todos los participantes. Cada uno debe aceptar la crítica y "las advertencias fraternales" con buen talante y con la promesa de corregirse en la medida que le sea posible.

En cada una de las reuniones siguientes los progresos son señalados y analizados. Se ven, sobre todo, con mala voluntad aquellas ideas que inspiran, aunque débilmente, individualismo, nacionalismo, heroísmo, y todo aquello que puede ser llamado burgués y feudal. Todo esto debe ser sustituído con las ideas de colectivismo, internacionalismo y materialismo científico. No puede admitirse una tolerancia leal para las viejas ideas. En cambio, cada uno debe emprender una batalla resuelta e incesante contra la ideología burguesa latente en su conciencia. Las discusiones se realizan con un fervor que puede llamarse religioso. Se hace la confesión pública de los propios errores, se castiga uno mismo y se proclama un propio mea culpa. Se formula la promesa de una liberación final y de una salvación. Estas reuniones duran largas horas y la tensión es tremenda. La asistencia es "voluntaria" aunque queda entendido que todos están obligados a presentarse. En efecto no hay escapatoria; es menester someterse o ser excluído de la sociedad.

Aquéllos que en tales asambleas han demostrado disposiciones prometedoras, son recompensados con la afiliación a la Organización de la Juventud, un organismo de masa, fuera del partido, que sirve de "reunión externa" o reserva del comunismo chino, moldeado de acuerdo con el Komsomol de los Soviets. Los miembros de esta organización están siempre a la vanguardia de las actividades estudiantiles.

Otra actividad es aquel del "grupo de estudio", encargado de enseñar a los jóvenes los principios de la nueva democracia. En este estado inicial, sus principales preceptos son: 1) el régimen socialista es el más democrático y el grado más elevado del desarrollo político; 2) la Unión Soviética es la campeona de la libertad y de la liberación mundial y el mejor amigo de la China; 3) la América es el caudillo de la potencia imperial mundial que trata de reducir a la humanidad a la esclavitud con astucias nefastas, como el Plan Marshall y el Pacto del Atlántico.

En cada reunión se pone como objeto de discusión un punto especial que se refiere a estas ideas. El jefe que es o un comunista o un miembro de la Organización de la Juventud, debe preparar minuciosamente la reunión para estar pronto a responder a aquellas preguntas que podríansele formular durante la discusión. Con este fin, el Partido manda con frecuencia directivas. En este momento por ejemplo el tema de las discusiones es el pacto chino-soviético de amistad, alianza y recíproca ayuda. El Partido ha publicado un opúsculo especializado, haciendo resaltar la naturaleza del tratado y de las convenciones, las diferencias con el tratado de 1945 y con los otros tratados suscritos entre la China y las potencias imperialistas, insistiendo especialmente en el internacionalismo soviético.

En una reunión de esta naturaleza, los participantes son animados para discutir libremente y sin reservas. Ante todo los estudiantes actúan de tal manera que dicen y discuten con lo que ellos entienden por mucha libertad. Ellos sin embargo, prontamente descubren que hay un límite a la libertad de sus opiniones. Y sería insensato contradecir al jefe. El amaestramiento forzado forma parte del sistema. Ningún desacuerdo es tolerado. Se han oído, no obstante ello, voces extrañas y misteriosas, desaparecidas ya, de estudiantes recalcitrantes. Por otra parte sería propio de locos quedar callados; la reticencia es a menudo castigada con desaprobación.

Una autoridad comunista en el campo de la educación se jactaba en diciembre de 1949 de que "los estudiantes en Pekín, han hecho notables progresos en el cambio de sus ideas". "En el breve lapso de un año —declaraba— han conquistado una idea revolucionaria de la vida, un punto de vista internacional y una comprensión ideológica marxista-leninista". Y agregaba: "en una clase de 100 estudiantes en la Universidad de Pekín, un tercio solamente eran miembros del Partido o de la Organización de la Juventud cuando comenzó la instrucción política; ahora más de la mitad se han transformado en miembros. Muchos otros aspiran a adquirir tal calidad. Sólo pocos son reaccionarios, no más de un quinto del total. Son perfectamente conscientes de su aislamiento y hacen todos los esfuerzos posibles para superarse. Conozco uno de estos estudiantes en la sección de lenguas extranjeras. Mostró gran impa-

SIN DIAS YA

En este otoño
los trenes de las tardes se cruzarán, buscándonos.
Y no querrán las veredas sentir mis pasos solos.
Niña tú,
me habías poblado de alegría el mundo,
pintado los días,
dibujado el amor.
(Los jazmines del portón antiguo
tenían un niño vestido de blanco
y lo perdieron).

La tierra estará húmeda,
y yo sé que habrá para mí llantos,
hojas secas, oraciones.
Yo sé que habrá para mí un jazmín eterno,
y unas palabras sacrificando el bronce.
(Tú guardaste un jazmín
y no lo amaste).

En este otoño
campanas y palomas llorarán tu ausencia,
y los trenes de las tardes se cruzarán,
buscándonos.

ALBINO ALBERTO GÓMEZ.

ciencia en la autocrítica y abandonó la discusión por disgusto. Pero después de una noche de reflexión, retornó a la reunión, arrepintiéndose sinceramente e insistió ante el jefe para que le procurase una nueva ocasión de rehabilitación".

La clase más infeliz en China es la de los profesores. Al contrario de los estudiantes, que después de todo, son jóvenes y se rinden, los profesores son hombres con hábitos fijos y con firmes convicciones. La mayor parte de ellos han recibido educación occidental y están familiarizados con las instituciones occidentales. Los errores del mal gobierno del Kuomintang los ha empujado hacia la izquierda, pero no aman el totalitarismo. Los comunistas antes de su llegada al poder han tentado de ganárselos para su causa prometiéndoles un milenarismo en el cual la libertad civil y las franquicias sociales reinarían soberanamente.

El hombre intelectual de la universidad creía que los comunistas chinos serían distintos a los de otros países. Esperaban para sí una tierra prometida que aunque sin la leche y la miel de las que se hablaba, sería sin embargo más agradable que el desierto del Kuomintang. Con respecto a este punto se han engañado tristemente. Llegados los comunistas, se encuentran en un estado más infeliz que nunca.

En un principio los comunistas fueron muy corteses con los profesores y les pagaron mejor que a la más alta clase de los empleados. Se les requirió seguir trabajando y todo debía quedar como en el pasado. Pero no pasó mucho tiempo cuando se apercibieron de que los nuevos gobernantes poseían el arte de acariciar con una mano y de golpear diestramente con la otra. Toda la atmósfera universitaria está cambiada, fundamentalmente, de una manera imperceptible, de un modo siempre más intenso y penetrante, para tornarse, finalmente, opresiva en un grado anteriormente desconocido. Los comunistas son mucho más exigentes que los nacionalistas en su contralor. Poseen una técnica nueva e inexorable, en relación con la cual el contralor ejercido por el Kuomintang, es un juego de niños. La real eficacia de esta técnica de contralor, deriva del hecho de abarcar todos los dominios, es varia, potentísima, siempre presente. No existe posibilidad de evadirla, de evitarla, de corromperla, y sobre todo de resistirla. Externamente los comunistas son los más corteses, los más queridos de los hombres, siempre adornados con maneras agradables y con voz dulce. Se siente, no obstante esto, que hay una espada oculta tras su sonrisa, como dicen los chinos. Es imposible no sospechar que se trata de un régimen fundado en el terror.

El pobre profesor está pues delante de una nueva situación. Ante todo ha sido atolondrado, después dominado, por fin abatido y perdido.

La política comunista frente a los universitarios parece consistir en llevar primeramente un golpe mortal a su fiereza intelectual y después en extirpar de la educación china la influencia occidental, especialmente la influencia americana. Para humillar al profesor, se le dice que no se quiere saber más nada de su "snobismo intelectual" y que debe aprender todo de nuevo, como los otros. Para oponerse a la influencia occidental y americana, se debe estar convencido de la superioridad de la cultura proletaria, ilustrada por el ejemplo de la Unión Soviética y por la verdad infalible del Marxismo-Leninismo.

La Unión Soviética representa la fuerza del progreso y es capaz de desarrollo ilimitado, mientras que el Occidente, capitalista está decadente y moribundo.

Es patético y también un poco ridículo ver a eminentes profesores de edad madura, escuchar solemnemente lecciones sobre Marxismo o verse criticados o llamados al orden por un bandido cualquiera que poco tiempo antes, no habría estado en condiciones de ser ni siquiera su alumno. Pero los tiempos han cambiado; los profesores, para defenderse, deben hacer todo lo que se les requiere. No es el caso de informarse sobre la validez de estas primicias políticas. No han faltado evidentemente, profesores audaces que han estado prestos para manifestar su admiración y su devoción al partido comunista, y nada les hará mejor que una buena dosis de formación marxista-leninista. Para la mayoría, sin embargo, la experiencia fué fatigosa. Los comunistas parecen experimentar un placer malicioso en la angustia mental que han causado.

Uno de los casos más extraordinarios de "reconstrucción intelectual" es el del profesor Fung Yu-lang, el insigne profesor de la Universidad Nacional Tsing-Hua.

Desde hace una cincuentena de años el profesor Fung es o mejor dicho era, uno de los más eminentes hombres de ciencia del país. Había concebido un sistema de pensamiento conocido bajo el nombre de "Nuevo Lihsueh" publicado en 4 volúmenes, que tratan respectivamente de problemas metafísicos, morales, históricos y metodológicos. El tercer volumen histórico fué traducido al inglés por E. H. Hughes bajo el título de "El espíritu de la filosofía China" y publicado por la Universidad de Oxford. Este trabajo muestra un conocimiento profundo de la gran tradición filosófica china y de su encuentro con la cultura occidental que lo ha considerado como una parte de su patrimonio. Cuando Pekín fué liberada, el profesor Fung fué descubierto por sus alumnos, se le hizo notar que era tiempo para él de abandonar su "viejo equipaje filosófico" y de reedificarlo sobre nuevas bases. Por un año el filósofo fué sometido a una formación rigurosa. Al final de su reeducación le solicitaron que hiciera una relación de sus experiencias. El resultado es un artículo interesante y curioso, que se asemeja de una manera sorprendente a las confesiones hechas por los condenados en los procesos políticos de los Soviets. En este documento el profesor Fung paga un vil tributo verbal al régimen comunista y a la verdad infalible del Marxismo-leninismo. Es como si un pecador se volviera, de rondón, consciente de sus pecados. Manifiesta su pensamiento y se retracta de todas sus herejías anteriores.

Sus teorías filosóficas han estado demasiado influenciadas por su origen social: la clase de los propietarios de la tierra. "Yo era enteramente inconsciente del pensamiento de clase sobre el proceso de mi pensamiento. Yo creía que estaba iluminado y pensaba en cierta manera que era un hombre de izquierda. Pero en mí la mentalidad del propietario de tierra ha sido tan fuerte que ha deformado mis concepciones".

Dice después que todas las teorías filosóficas tienen su derivación de clase. En los tiempos de cambios sociales violentos, nos encontramos siempre con gente que desprecia mirar la realidad abiertamente y busca el consuelo en una forma de pensamiento ya pasado. Esto explica el renacimiento del Neo Tomismo entre los filósofos católicos de Europa y los Estados Unidos.

El profesor Fung se considera como uno de aquellos que siendo plenamente conscientes, intelectualmente, de los cambios del mundo material, han sido, sin embargo, remisos por sentimiento, en reconocerlo. Pero un año de formación le ha abierto nuevo horizontes, revelándole una nueva verdad, una verdad viva que cambia en cada transformación de la escena social y económica.

"Veo ahora, confiesa, que lo que he llamado el Nuevo Li Hsueh no era en realidad cosa nueva. Su influencia ha sido dañosa, porque me ha impedido a mí y a otros, mirar de frente la realidad. He sido también un obstáculo para el progreso social, procurando un refugio filosófico a la reacción social.

Exalta las virtudes maravillosas de la "crítica socialista y autocrítica" de la que suponía vanamente la existencia desde hacía mucho tiempo, pero a la que él no veía como un arma revolucionaria tan eficaz. Y de esta eficacia no se ha convencido sino recién cuando la ha visto adoptada por los comunistas. Con este medio maravilloso, él se ha tornado capaz de comprender que no existe filosofía pura. Aquello que había tomado por filosofía pura es en realidad un conjunto de conocimientos inútiles, superfluos y estériles que atiborran el cerebro. La verdadera filosofía no puede ser separada de la vida práctica. Tal es la teoría del desarrollo que ha sido probada en el laboratorio de la revolución social. El profesor concluye: "Resumiendo, estoy perfectamente convencido que en esta nueva sociedad creada por los comunistas, todo está dirigido hacia un estado superior de desarrollo. Siento que yo mismo he hecho progresos considerables. Puedo juzgar por mí mismo el punto hasta el que he progresado, pero el hecho de que tengo conciencia de mis errores pasados, es en sí mismo un signo de progreso".

Para probar que es un hombre transformado, el profesor Fung ha renunciado a enseñar filosofía. Ha partido ahora con un grupo de jóvenes estudiantes hacia regiones agrícolas para predicar entre los propietarios la necesidad de reformas agrarias. De esta manera, espera "unir la filosofía con la vida práctica". En preparación de esta tarea, ha seguido un curso de dos meses bajo la dirección de Wang-Ai-nang, el experto comunista en problemas rurales. En una entrevista con los periodistas ha declarado que participando de este trabajo, comienza, de hecho, una guerra "contra el feudalismo" y contra las "supervivencias feudales" en su propia construcción mental.

Se puede entonces formular esta pregunta: ¿Es esto un caso de conversión muy similar a una conversión religiosa, o es simplemente un caso en el cual un hombre inteligente, un filósofo después de haber estado constreñido a renunciar a la libertad personal, busca ahora colocar su conciencia en su puesto, justificándose delante de Dios y de los hombres?

Estamos maravillados. Nos parece que es imposible que las convicciones de toda una vida se puedan abandonar de una manera tan ligera.

El profesor C. C. Wu (Wu Chinc-chao) ofrece otro ejemplo sorprendente de lo que los comunistas pueden hacer en el ámbito de la "reconstrucción" intelectual.

Después de haber sido laureado en la Universidad de Chicago, cuando tenía 21 años, el profesor Wu volvió a su patria para enseñar. Sus enseñanzas significaron un éxito. Buen escritor, escribe mucho, particularmente sobre estudios sociales. Probablemente, más que ningún otro, contribuyó a hacer entrar en China las ideas occidentales de bienestar y de legislación social. También recientemente, escribió con elocuencia sobre los salarios y las condiciones de vida de los obreros de América y Gran Bretaña comparándolas con la Unión Soviética y las conclusiones eran netamente desfavorables para esta última. Denunció con vehemencia el totalitarismo. Criticó los dogmas del Marxismo-Leninismo.

Con hombres de gran valor como Hu Hsi y I. F. Tsiang, el delegado nacionalista a Lake Success, era uno de los fundadores de la "Crítica Independiente", el periódico de mayor influencia de aquella época. Más recientemente fué el editor del "Camino Nuevo" dedicado a la difusión de la "vida media". Si había intelectuales liberales en China, el profesor Wu era ciertamente uno de los más eminentes. Su liberalismo era aquel de la tradición anglo-americana.

Pero ahora, en vez de escribir artículos en favor de las instituciones británicas y americanas, hace escribir a su pluma fácil, crónicas en servicio de la causa de la Unión Soviética. En vez de enseñar sociología, da lecciones sobre los libros sagrados del comunismo mundial, como son los de Marx y Lenin, no contentándose con enseñar, sino predicando con un celo militante de prosélito. La América e Inglaterra no le presentan ya atractivos.

La Unión Soviética se ha tornado para él en el país de la luz. En una entrevista con un periodista comunista hace algún tiempo, realizó una confesión completa de sus pasados errores. Su desgracia fué, dijo el haber estado demasiado tiempo sometido a la influencia nefasta del capitalismo americano. Mirando hacia el pasado, advierte que le fué particularmente dañoso el encontrarse en América en una época en la cual este país gozaba de una prosperidad sin precedentes. Esto lo condujo a la errada conclusión de que el sistema capitalista era todavía sólido. De las publicaciones capitalistas extrajo estadísticas que trataban de probar la superioridad de la libre empresa y estuvo completamente ciego sobre su falta de creencia y su naturaleza "no dialéctica".

Aunque él había leído muchos escritos comunistas en el pasado, poseía demasiados prejuicios para comprender el punto de vista comunista. Pero después de la liberación de Pekín, hizo un esfuerzo para estudiar nuevamente a Marx, Lenin, Stalin, etc. Esta vez un nuevo mundo le fué revelado. Por primera vez en su vida comprendió el verdadero significado de lo que había representado. Fué una batalla extenuante combatir sus viejos prejuicios y el progreso fué necesariamente lento.

Pero es necesario ser continuamente honesto consigo mismo. Se felicitó de poder decir que su esfuerzo de pensamiento, en cambio de su seguridad, había sido coronado por el éxito. El veneno americano había por fin desaparecido de su sistema. En esta batalla la "crítica socialista y la autocrítica" habían representado su parte. Sometiéndose por sí mismo, a exámenes despiadados, había podido notar progresos más rápidos. "Mis hijos, —dijo el profesor Wu al periodista— me preguntan si pueden entrar en la Organización de la Juventud. Me critican con libertad. Yo encuentro su crítica como una gran ayuda. Ellos se acercan al comunismo con un espíritu nuevo, que no ha estado expuesto a la influencia funesta de la educación americana".

Tal es la metamorfosis del profesor C. C. Wu. Es difícil decir si está sinceramente convencido de la "verdad científica" del marxismo-leninismo, o si ha cambiado sus ideas sólo por salvarse. Es ciertamente demasiado inteligente, demasiado buen sociólogo para aceptar sin críticas ni reservas una teoría o cualquier ideología, en circunstancias ordinarias. Su cambio completo no se puede explicar, me parece, a no ser por el miedo.

La universidad y los colegios en China tienen una parte capital en la vida intelectual de la nación. La tradición liberal moderna tiene su origen en las grandes instituciones universitarias de Pekín. El espíritu de crítica en la enseñanza y en la política, florecía allí en medio de una libertad relativa frente al control oficial, aun en los tiempos del régimen del Kuomintang. Este espíritu ha desaparecido ahora. En lo que ha acaecido se puede ver un ejemplo típico de lo que puede hacer en el mundo una fuerza nueva y catastrófica; el poder de hombres despiadados consagrados a una ideología sin compromisos y armados de instrumentos y de técnicas, perfeccionadas en este país por el Socialismo, para reducir el alma humana a un estado de completa esclavitud.

SUMARIO

CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión N.° 4330
Tarifa Reducida
Concesión N.° 4045